

Un sitio en el cielo



# Un sitio en el cielo

Sidney Valdez

Copyright © 2012 Sidney Valdez

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798809308519

Independently published

Del texto: Sidney Valdez

Maquetación y diseño: Sidney Valdez

Imagen de cubierta: Sidney Valdez

Para todos los que creen en el amor.



# CONTENIDO

0	Prólogo: Jessica	1
1	Bruno	5
2	Jessica	9
3	Bruno	17
4	Jessica	19
5	Bruno	25
6	Jessica	27
7	Bruno	31
8	Jessica	37
9	Bruno	41
10	Jessica	45
11	Bruno	49
12	Jessica	55
13	Bruno	61
14	Jessica	65
15	Bruno	71
16	Jessica	77
17	Bruno	85
18	Jessica	91
19	Bruno	103
20	Jessica	109
21	Bruno	115
22	Jessica	127

## Un sitio en el cielo

23	Bruno	131
24	Jessica	135
25	Bruno	139
26	Jessica	145
27	Bruno	151
28	Jessica	155
29	Bruno	163
30	Jessica	169
31	Bruno	173
32	Jessica	179
33	Bruno	185
34	Jessica	191
35	Bruno	195
36	Jessica	199
	Epílogo: Lucía	205



## Prólogo

### Jessica

—¡Hijo de puta! ¿Cómo se escapó de mi radar?

*Katia, que siempre había tenido la habilidad de identificar cuando alguien era homosexual —aunque ellos mismos no lo supieran aún— había estado consternada desde el día que supo que encontré a David con un hombre. Aunque había transcurrido casi un mes y ella había prometido no hablar del tema, cuando bebía alcohol, su memoria se reiniciaba y el odio que le guardaba a David brotaba.*

*Katia se sentó frente a mí, puso sus manos sobre las mías. Esperó por unos segundos alguna respuesta de mi parte y, cuando no obtuvo nada, me dijo:*

*—Esto nunca fue tu culpa. Lo sabes, ¿verdad?*

*Asentí.*

*—Te lo digo porque a veces tienes vocación de mártir —me sonrió—. Las mejores historias inician con un prometido gay y una infidelidad internacional mal correspondida.*

*En medio de mi drama personal, su comentario me hizo reír. Me carcajeé por unos segundos con ella haciéndome coro, y después, me detuve en seco.*

*—Te odio.*

*—Sabes que no es cierto, soy tu perra favorita. —Esta vez, al sonreír, mostró todos sus dientes. Tenía una dentadura preciosa que podía ser publicidad para cualquier dentista.*

*—Eres mi única perra —sonreí tanto como mi cansancio me permitió.*

*—Me gustaría saber quién escribe el guion de tu vida. —Atusó un mechón rosa detrás de su oreja. Nunca entendería el afán de las personas por teñirse el cabello de colores. Pero eso la hacía feliz y en ella se veía bien—. Quisiera conocer al cabrón con tanto humor*

*negro y tiempo libre.*

*No dije nada. Era cierto, si había un guionista de mi vida, seguramente era un sarcástico hijo de puta con tiempo libre y ganas de joderme.*

—¿Tienes que hacer esto? ¿De verdad?

Katia habló y me sacó de mi limbo, en el que recordaba las primeras semanas del año. El 2019 había sido, hasta ese momento, una montaña rusa, a veces buena, otras horrible. Parecía mentira que habían pasado cerca de seis meses desde nuestra conversación, cuando Katia maldecía la vida por no darse cuenta antes de las preferencias de David. Ahora, su inconformidad tenía que ver conmigo y mi plan de vida. Con cada movimiento que hacía, una mueca diferente se formaba en su rostro. Tenía su barbilla recargada en la palma de su mano y me observaba, desde la mitad de mi cama, donde estaba sentada.

Detuve el movimiento que había repetido por la última media hora, doblando y guardando mi ropa de invierno en la enorme maleta que llevaría conmigo a Argentina. Estaba a punto de decirle que sí, que tenía que hacer mi maleta porque me iba en tres semanas, pero algo en su rostro me hizo cerrar la boca y morderme el interior del labio.

Por unos segundos imaginé la situación a la inversa. Si Katia fuera quien se tuviera que mudar a más de ocho mil kilómetros de mí, yo estaría igual que ella, quizá peor.

—Tú irás en diez semanas.

—Iré a tu boda. Llegaré y estará todo listo. ¿Sabes lo horrible que es eso? No, no lo sabes. Tú estuviste para la organización de mi boda y yo no estaré para la tuya.

—Te haré videollamadas.

Me observó, rodó los ojos y volteó su cara en otra dirección.

—¿Estás feliz con la idea?

Asentí. No emití ningún sonido, pero ella pareció entenderlo o

leer mi respuesta en el aire.

—Siempre deseé esto para ti. Pero no tan lejos. —Se rio y lloró al mismo tiempo. Yo hice lo mismo y en un minuto me trasladé a donde ella estaba y la abracé.

Lloramos unos minutos, no por felicidad o por tristeza, más bien una combinación de ambas. Las dos estábamos felices en nuestra vida personal y eso pocas veces pasaba, regularmente una estaba bien y la otra hecha pedazos. Sin embargo, Katia había sido parte de mi vida por demasiado tiempo, y vivir lejos de ella parecía un castigo. Aunque mi mente se debatía si utilizar esa palabra, ya que quien me esperaba del otro lado era Bruno, y una vida a su lado no se podía describir como tal.

—Si Bruno empieza a diferenciar tonalidades de color o escoge tu ropa, toma tu mierda y sal corriendo de Argentina. ¿Entendiste?

Abrí la boca para decir algo, pero me quebré en carcajadas y ella hizo lo mismo. Aparentemente, las burlas por lo de David me perseguirían por siempre.

Un sitio en el cielo

# 1

## Bruno

**Bruno**

Buenos días, te extraño.

Envié el mensaje al número de Jessica, era alrededor de la hora en la que ella despertaba. Yo tenía algunas horas despierto y desde el momento en el que había regresado de México, la imaginaba en cada esquina de la hacienda, no podía esperar a que volviera.

**Jessica**

Buenos días. Estaré ahí en tres semanas.

**Bruno**

Eso es una eternidad.

**Jessica**

Lo es, pero sobreviviremos. Espero.

Sonreí ante su respuesta y me di cuenta de que me estaba convirtiendo en la clase de hombre cursi que tanto odiaba.

**Bruno**

¿No puedes volver ya?

**Jessica**

No es fácil dejar todo aquí para irme a otro país, ¿sabes? Planeo pasar el resto de mi vida allá y empacar todo es una pesadilla.

Eso me hizo olvidar por un momento la distancia que nos separaba y las semanas que faltaban para verla de nuevo.

**Bruno**

Solo quiero tenerte aquí.

**Jessica**

Tranquilo, campeón. Ya casi es julio.

Observé unos segundos más su mensaje. Simplemente quería sentir que los dos estábamos comenzando el resto de nuestras vidas y eso era difícil a horas de distancia.

Guardé mi celular de nuevo en el bolsillo trasero de mis pantalones mientras me concentraba en terminar mi trabajo.

«Jessica también tiene trabajo que hacer. »

«No puedes pensar en ella a cada segundo, puta madre. »

«Estoy mintiendo, sí, sí puedes. »

—¿Cómo está Jessica? —Mateo me observó como si estuviera buscando una distracción

—Bien. Llega en tres semanas.

—¿Cómo te sientes tú? Hombre, no debe ser fácil pensar que ella llegará a hacer su vida contigo, eres malditamente difícil.

—Cállate. —Lo señalé sabiendo que decía la verdad, pero ella también era difícil, pese a que no era sencillo creerlo por su precioso rostro.

—Solo estoy siendo honesto.

—Sé honesto con alguien más, no necesito escuchar lo que ya sé. Y ella se casará conmigo de todas formas, así que deja de decir estupideces.

—Se lo advertiré a ella el día de la boda. —Levantó sus manos en el aire y yo lo aniquilé con la mirada.

Terminé mi trabajo cerca de la hora del atardecer y revisé mi celular en busca de algún mensaje de Jessica, no había ninguno.

«No seas psicópata, Bruno. Seguramente está ocupada. »

Antes de caer en la tentación de llamarla para escuchar su voz, me di una ducha y salí a cenar con Mateo y mi abuela. Cada día se volvía menos interesante. El pensar que en solo unas semanas tendría a Jessica en Argentina, hacía que mi presente luciera como algo que necesitaba ser adelantado hasta que ella llegara.

«Eres patético. Desde que la conoces lo eres. Lo peor es que te gusta ser patético. »

Escuché el timbre de mi celular mientras subía las escaleras y corrí, subiéndolas de dos en dos, para contestar lo más rápido que mis piernas me permitieran.

—Hola —era Jessica, me había tomado un segundo para ver su nombre en la pantalla.

—¿Cómo estuvo tu día?

—La verdad es que pudo estar mejor. —Si ella hubiese estado aquí—. ¿Y el tuyo?

—He estado empacando y escribiendo, subí una nueva publicación en el blog y envié la penúltima columna que haré. Me estoy comenzando a sentir nostálgica.

—¿En qué sentido? —Salté de la cama.

Cada vez que Jessica mencionaba alguna emoción que no fuera del todo positiva con respecto a mudarse de país, yo sentía que ella movía el suelo bajo mis pies. Ella me amaba, de eso no tenía duda, pero sabía que le iba a ser malditamente difícil dejar todo. Y a veces, me aterrorizaba pensar que ella podría arrepentirse y dejarme.

—Ya sabes, empacar mis cosas y renunciar a mi columna definitivamente. Es un gran cambio.

—No te... —Aclaré mi garganta—. ¿No te sientes segura de hacerlo? porque si es así yo te entiendo, pero me gustaría que me lo dijeras.

—Bruno...

Estaba por hablar, pero decidí dejar que continuara.

—No hay mucho que me detenga aquí, ¿recuerdas? Perdí la mitad de mi familia, solo tengo a Lucía, y para ser sinceros, creo que

ella estaría encantada de viajar a Argentina de vez en cuando. Además, puedo volver después.

No sabía si ella decía todo eso solo para convencerme de que de verdad quería estar conmigo, para convencerse a ella misma, o si estaba mintiendo, pero quería creerle, aun cuando imaginaba el gran esfuerzo que significaría para ella dejar todo lo que le recordara a su familia.

Eso incluso me hacía amarla más, estaba dispuesta a dejar todo lo que la pudiera atar para estar conmigo.

«Bruno, eres malditamente suertudo. »

—Podemos volver —corregí su última frase—, siempre que quieras.

—Lo sé. —Y entonces la imaginé sonriendo y supe que mi miedo se acababa de convertir en amor, más amor hacia ella, como siempre.

«Estoy jodido. »